

*EL LABERINTO MEXICANO EN / DE JUAN RULFO*, por Manuel Ferrer Chivite. México, Organización Editorial Novaro, Serie Grandes Escritores Mexicanos, 1972. 150 pp.

Un interés siempre renovado suscita la obra, exigua pero magistral, de Juan Rulfo. El estudio, objeto de esta reseña, a pesar de haber sido publicado en julio de 1972, ya estaba concluido a finales de 1968. En la primera parte del trabajo, "Análisis de *Pedro Páramo*", su autor se propone presentar "una constante básica de la obra y pensamiento de Rulfo todavía no vista o estudiada directamente por otros críticos: la mexicanidad y su problemática como vertebradora de su única novela *Pedro Páramo*", (pp. 15-16). Para analizar este aspecto se apoya decididamente en el ensayo de Octavio Paz *El laberinto de la soledad*, que para Ferrer Chivite representa "el hito más importante de los últimos años" (p. 13) en la búsqueda de la esencia mexicana. Todo el esfuerzo del autor, sentada esta premisa, consistirá en sorprender las coincidencias que entre ambas obras se supone que existen, llegando a la conclusión de que las diferencias entre ensayo ("cauce analítico") y novela ("vehículo literario puro") "son las únicas que separan a las dos obras" (p. 15). Una diferencia, pues, únicamente del género literario elegido. Más adelante Ferrer Chivite encontrará en una declaración de Rulfo a Elena Poniatowska, en la que manifiesta su entusiasmo por la obra de Octavio Paz, una confirmación de su tesis (p. 82). Como autoridades secundarias, al lado de *El laberinto de la soledad*, nuestro ensayista utiliza la obra de Santiago Ramírez, *El mexicano. Psicología de sus motivaciones*, y la de F. González Pineda, *El mexicano. Su dinámica psicosocial*. En realidad Ferrer Chivite recurre a estos tres autores sólo para fundar las tesis propias que formula respecto de la mexicanidad, motivado por la novela de Juan Rulfo.

Además de este esfuerzo por descubrir la problemática mejicana en la obra de Rulfo, basado en las citadas autoridades, Ferrer Chivite aplica a su estudio un método que podríamos llamar sicoanalítico. Es decir, estudia las proyecciones de Juan Rulfo, de su personalidad, historia y problemática, en su obra literaria. El empleo de estos dos métodos lo lleva a descubrimientos bastante singulares. La aplicación consecuente de la premisa *Pedro Páramo* = *El laberinto de la soledad* / *Pedro Páramo* = Juan Rulfo, conduce a afirmaciones que a primera vista parecen desproporcionadas. En todo caso, téngase la opinión que se tenga respecto de las consecuencias a que arriba Ferrer Chivite, el libro se presta a mucha polémica y ya desde este punto de vista resulta interesante.

En la utilización de los métodos indicados, Manuel Ferrer llega a los siguientes resultados: Comala es una imagen de la Ciudad de México, así como Juan Preciado lo es de Juan Rulfo. "Rulfo, históricamente nacido en Sayula, ese Rulfo que nacido en Sayula y sin familia y sin hacienda va a México en 1934, es el que se oculta tras el Juan Preciado que se dirige a Comala-México" (p. 24). Habría, pues, una semejanza entre el Juan Preciado que, sin herencia y sin madre, se dirige a Comala a la búsqueda de su padre y Juan Rulfo que, igualmente sin tierras y sin familia, perdidas en la guerra de los cristeros, en 1934 va a Ciudad de México en busca de un tío en buena posición. Este tío, según un artículo de Hellén Ferro, que Ferrer Chivite acepta sin restricciones, se habría avergonzado de la miseria y de la conducta del joven Rulfo y lo habría obligado a cambiar su apellido Rulfo y Vizcaíno por el anodino Pérez. En una conversación del autor de esta reseña con Juan Rulfo, éste manifestó que el cambio de apellido en esa época fue real, pero no por las razones que expone Hellén Ferro. El cambio se debió a que su tío, apellidado también Rulfo, le encontró ocupación en la administración donde él mismo trabajaba (Departamento de Inmigración) y, por no aparecer favoreciendo a un familiar, decidieron de común acuerdo cambiar el apellido del joven Rulfo. Esta explicación resulta tan inverosímil como la otra. Al parecer, la verdadera causa de este cambio de apellidos es mucho más simple. El auténtico nombre del narrador mejicano sería Juan Pérez Rulfo Vizcaíno, habiendo adoptado posteriormente el más literario de Juan Rulfo; tal como Vicente García Huidobro Fernández literariamente es conocido como Vicente Huidobro, nombre sin duda mucho más eufónico. De todo esto se desprende que no parece probable que fuera la supuesta anécdota contada por Hellén Ferro el motivo por el cual Rulfo le haya puesto el apellido Preciado (lo opuesto a "despreciado") al personaje de la novela, según deduce Ferrer Chivite; más bien se desprende de la misma lógica interna de la novela. En la trama novelesca quien *desprecia* a Dolores y a su hijo, dejándolos abandonados y sin recursos, es Pedro Páramo. Dolores moribunda dice a su hijo: "No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro". Muchas veces el método biográfico lleva a falsas conclusiones. Como advierten R. Wallek y A. Warren en su *Teoría literaria*, "la interpretación y utilización biográfica de toda obra de arte requiere en cada caso una indagación y un examen escrupulosos, ya que la obra de arte no es un documento biográfico". (Editorial Gredos, 1962, p. 95). Tampoco estos autores recomiendan el método psicológico. Fuera de los errores a que pueden conducir, ni uno ni otro influyen para nada en la valoración crítica de la obra de arte; a ella sólo se llega a través del estudio intrínseco de la misma.

Puesto en el camino de descubrir la mexicanidad en la obra de Rulfo, y a partir de este enfoque inicial, Ferrer Chivite pasa revista a los personajes de la novela, "como correspondientes símbolos de las esencias históricas que

han determinado el actual México y su problemática" (p. 28). Juan Preciado va en busca de la mexicanidad y con quien primero se topa es con Abundio. Ambos son hermanastros, pero: "No se extrañan, no se inmutan, porque ambos saben perfectamente que pertenecen a una misma comunidad, y esa comunidad, esa fraternidad por encima de lo paternal y de la pura relación anterior posible, no podrá ser otra que la comunidad del pueblo mejicano" (p. 29). Entre ambos existe, sin embargo, una diferencia: Abundio es "el representante del pueblo mejicano, de la masa anónima mejicana, mientras que Juan es todavía un mejicano diferenciado, dentro pero ajeno a esa masa" (p. 30). Ferrer profundizará todavía esta idea.

Luego pasa a examinar la relación de Abundio con Pedro Páramo, analizando el proceso por el cual aquel apuñalea a éste. La transposición es la siguiente: "El pueblo mejicano —Abundio— ha perdido a su patria mejicana —la Refugio—; desesperado, acude a la Iglesia —el Padre Rentería— como posible ayuda, pero éste le falla porque estaba demasiado ocupado con sus asuntos privados. Decidido a todo va a la Revolución —la borrachera para curar la pena— con los auspicios y dirección de los dos grandes caudillos del pueblo, Pancho Villa —la "madre *Villa*"— y Emiliano Zapata —el programa de "Tierra y Libertad" es el grito de quien corre a agarrar la tierra y cuando ya la tiene en las manos se le escapa, se le vuelve a ir angustiosamente (se refiere Ferrer Chivite a los traspies de Abundio borracho); desesperado, al ver que nunca podrá conseguir la ayuda que necesita, mata al "señor", símbolo del Estado frío y ausente de los problemas del pueblo" (pp. 36-37). A pesar de que la Revolución destruyó al porfiriato, el pueblo mejicano seguirá luchando por la tierra; luego del crimen "lo llevaron a ras-tras, *abriendo un surco en la tierra* con la punta de los pies" (el subrayado es de Manuel Ferrer). Profundizando en la figura de Pedro Páramo, Ferrer Chivite concluye que representa al período de la historia de México que va desde la Emancipación hasta la Revolución Mexicana de 1910. Aquí incurre nuevamente en un error. Pedro Páramo no muere con la Revolución, hacia 1910, sino hacia 1926, comienzo de la guerra de los cristeros. En la novela, Dorotea le dice a Juan Preciado: "Y ya cuando le faltaba poco para morir (a Pedro Páramo) vinieron las guerras esas de los 'cristeros' y la tropa echó rialada con los pocos hombres que quedaban". Otra vez el uso de métodos extrínsecos en el análisis de la obra literaria conduce a errores, haciendo violencia a la novela misma para hacerla calzar en moldes extraliterarios preestablecidos. Más adelante nuestro crítico agrega: "viene a representar ese período porque representa el conjunto de hombres e instituciones que corrieron a lo largo del mismo y en los cuales se intentaba materializar, hacer corpórea esa inextinguible ansia mejicana por el padre ideal, por el padre bondadoso que no han tenido desde la Conquista" (p. 42). Los mejicanos tienen madre, la Patria, pero les faltaba padre para ser "una gran familia completa" (p. 42). Ahora bien, la Revolución Mexicana no produjo los frutos esperados, y por eso la odisea de Juan Preciado es "la destrucción de una maravillosa ilusión" (p. 43). A la Patria, a la tierra mejicana, la simbolizan las diferentes mujeres que aparecen en la novela: Dolores (la madre de Juan Preciado), Eduviges (que podría haber sido su madre), Damiana (que lo cuidó al nacer). Y, tal como Abundio, símbolo del pueblo mejicano, que al final de la novela no perece, así también Damiana, "imagen de la eterna patria" (p. 49), "la única mujer que permanece virgen e inviolada, como corresponde a una concepción ideal de la Patria inmarcesible, invulnerable" (p. 50), también ella continúa viva al terminar la novela. La mujer incestuosa sin nombre, la hermana de Donis, representa la antítesis de Damiana. Finalmente Dorotea la *Cuarraca*, por su parte, simboliza "la raíz india a la cual retorna Juan Preciado cuando ha comprendido que ni en

Páramo —el Estado— ni en la incestuosa —el México desde su Independencia como Patria— hallará su verdadera esencia” (p. 61). Manuel Ferrer aventura una conclusión: “Rulfo, creemos, afirma con esto que si la verdadera mexicanidad ha de tener un sentido y una solución, será recogiendo sus orígenes y sus raíces indias, abrigándolas, insertándolas plenamente en su seno” (p. 63). Y: “Ha perdido para siempre al padre, pero ha comprendido, también de una vez para siempre, que sólo en su madre está su esencia, ha comprendido —ahora en el plano rulfiano— que si México quiere ser totalmente él mismo, deberá volverse a sus raíces profundas, olvidándose de ficticios barnices, de superficiales enmascaramientos, sean éstos europeos o norteamericanos” (p. 63). Y el remate de todo esto es el siguiente: “El problema de la mexicanidad, para Rulfo, es insoluble, al menos hasta que pase todo ese tiempo que Juan y la *Cuarraca* han de estar encerrados” (p. 64). Luego profundiza en la figura de Pedro Páramo y se refiere, por último, a Susana San Juan, el “único y gran amor de Pedro Páramo” (p. 67), y a su relación con Bartolomé, llegando al siguiente resultado: “Bartolomé San Juan es el símbolo de la Conquista española, de los conquistadores españoles codiciosos, crueles e inhumanos” (p. 70). “Quizás por eso es por lo que, en la novela, Bartolomé habrá de morir a manos de Pedro Páramo, ya que con la Independencia se acabará el dominio español” (p. 70). Así, Susana representará el período colonial de la Historia de México.

Manuel Ferrer Chivite concluye la primera parte de su ensayo, dedicado al análisis de *Pedro Páramo*, con las siguientes frases: “Desde su Independencia, el Estado mejicano ha poseído materialmente a su patria, quizás hasta la ha amado a su manera y ha hecho todo lo posible por entenderla y satisfacerla, pero su esencia —la esencia de México, la mexicanidad— se le ha escapado siempre. Y ésta es otra de las lecciones que Rulfo da con su *Pedro Páramo*” (p. 75).

En la segunda parte de su ensayo, “*El llano en llamas*, antecedente de *Pedro Páramo*”, Ferrer Chivite vuelve nuevamente sobre el tema de la primera parte en el acápite “Antecedentes de Fondo”, a través del estudio de los cuentos “Macario”, “Es que somos muy pobres”, “Luvina”, “Nos han dado la tierra” y “Diles que no me maten”. Un lugar para un análisis más propiamente literario existe en el segundo acápite, “Antecedentes de Forma”, donde los cuentos “La herencia de Matilde Arcángel” y “Acuérdate” se toman como punto de partida. “Es que somos muy pobres” y “La cuesta de las Comadres” se muestran como ejemplos de relatos objetivados con vaivén rememorativo; “El hombre”, como relato con narrador omnisciente parcial sin vaivén rememorativo; “En la madrugada”, como relato con narrador omnisciente total y vaivén rememorativo. Estos análisis, ya no psicoanalíticos o psicoanalíticos, para quienes no compartan la tesis de Manuel Ferrer Chivite, serán los más valiosos. Sin embargo, insistimos, la parte más original y polémica es la primera.

En definitiva, *El laberinto mexicano en / de Juan Rulfo* (que originalmente iba a titularse “El laberinto de la soledad en Juan Rulfo” y que los editores debieron cambiar por el que ostenta por razones de derechos de autor y de claridad), representa un novedoso intento de aproximación a la siempre inagotable obra del escritor mejicano Juan Rulfo.

*Narciso Costa Ros*